EN LA MUERTE DE ALFREDO DEAÑO

FERNANDO SAVATER

ME es muy difícil, sobre todo por lo doloroso que me resulta, hacer una glosa de circunstancias de la figura entrañable de Alfredo Deaño. La necrológica parece rubricar la muerte, es una forma de certificado literario de defunción: y yo no quisiera contribuir en nada, en nada, a la muerte de Alfredo. Pero, como el amor, también el dolor es efusivo y en los que vivimos de palabras, quiere palabras, lo mismo que en aquellos más afortunados que vivan de silencio querrán lágrimas y silencio. Aparte de mi incapacidad de hacer hoy por él algo más hermoso e íntimo que un artículo, es el mismo recuerdo de su generosidad quien me alienta a escribir esta página, la más triste que recuerdo haber escrito. A Alfredo le gustaba leer mis cosas y sacaba una punta positiva incluso a las demasiado frecuentes que carecían de todo valor. Más que nada apreciaba la chispa de humor, el toque irónico o la fórmula feliz: recuerdo que nos repetíamos como contraseña estilística aquella perfecta descripción borgiana de una revista musical barata: "evidentes mucamas en mares de notable cartón". No voy a poder hacer mucho ingenio contigo hoy, Alfredo, ni siquiera sé si podré evitar incurrir en esos galicismos, anglicismos y "a nivel de" que tanto te molestaban: pero tú, como siempre, buscarás algo bueno incluso en este lamento desmañado de quien tantas veces puso un adjetivo carrolliano en un texto pensando: "Verás como esto le gusta a Alfredo".

Alfredo Deaño fue un filósofo en el sentido etimológico de la palabra, un auténtico enamorado de la sabiduría y sus meandros, de "los lúcidos placeres del pensamiento y de las secretas aventuras del orden", como habría dicho Borges. No entendía esa especie de descrédito oficial en que ha caído actualmente el pensamiento, esa desdeñosa superioridad con la que imbéciles totalmente incapaces de entender —es decir, de gozar— una sola línea de Aristóteles o Spinoza, despachan como ociosa —y para ellos todo ocio es malo— una indagación que no podrían hacer en ningún caso. A él le gustaba la filosofía sin tener que ampararse en coartadas sociológicas o en inmediatas utilidades científicas, se sentía jubilosamente enraizado en una tradición cuya versátil inteligencia amaba. Tenía a su favor una realmente admirable cultura clásica, que le permitía acercarse a la entraña misma de los textos griegos sin mediaciones de ningún tipo, una aguda capacidad de concentración en lo esencial de los grandes pensadores y una memoria que rara vez le falló en momento decisivo. Su opción no fue por lo tenebroso, lo pasional o arrebatado, sino por lo preciso y riguroso, por lo que clarifica el mundo sin dejar de reconocerlo como complejo.

Su labor teórica queda más en la memoria de sus alumnos y de los que compartimos seminarios con él que en sus textos editados. Y, sin embargo, en su "Introducción a la lógica", en su prólogo a la edición de los juegos matemáticos de Carroll, en su espléndido artículo introductorio al número de "Revista de Occidente" dedicado a "Análisis y Dialéctica", demuestra no sólo rigor e información indiscutibles, sino una auténtica bienaventuranza de expresión que le señalan como un posible escritor de ensayo verdaderamente extraordinario. ¡Ojalá que sus papeles inéditos guarden muestras fehacientes de esa envidiable aptitud para la elegancia, la ironía y la penetración que muestran sus obras publicadas!

Pero además del Deaño profesor de lógica, del erudito comentador de Aristóteles o Bertrand Russell, había otro Deaño o, mejor, una alegre subversión de aquél. Era el entusiasta de la lógica demente a fuerza de rigor lógico de Lewis Carroll, el compañero adolescente de Guillermo Brown, el irónico descubridor de la punta de sinrazón que alienta bajo toda razón y que sólo el más decidido uso de la razón permite localizar. Fue esto lo que le impedía convertirse en un puro y nudo animal de oposiciones, como un sistema demencial nos exige llegar a ser a todos los desventurados que nos resistimos a abandonar plenamente las aulas de la Universidad a la repetición, la instrumentalización y la incompetencia. En la última conversación telefónica que tuve con él, tres días antes de morir, me habló con insoportable hastío de la nueva oposición que tenía que hacer para retener su puesto de trabajo en la Autónoma madrileña: no le preocupaba la dificultad objetiva de la prueba, que en su caso es obvio que no existía, sino la humillación que impone todo el proceso mismo, la norma de perpetuo aplazamiento y competitividad en lo idiota que dicta esa siniestra rueda de las reencarnaciones que es la burocracia universitaria. "¿Hasta cuándo me tendré que examinar para seguir luego examinando a otros?", me dijo; pero ya no había de examinarse más.

Alfredo Deaño fue un filósofo en el sentido etimológico de la palabra.

Su entierro le define: fue una manifestación de duelo liberal, como él lo fue. Hubo marxistas, analíticos, descarriados y todo tipo de filósofos, editores, intelectuales imaginables hoy en España. Estaba quien fue su maestro, Gustavo Bueno, estábamos quienes fuimos sus compañeros en la Autónoma de Madrid en años particularmente agitados, estaban sus alumnos, tantos alumnos que tuvo Alfredo, sus amigos... Es tópico decir que en todo y a todos se abrió a la amistad, a la inteligencia cortés, a la crítica con más humor que acrimonia, a la ilustración sin flexión pedante. Fue así, y los que le hemos perdido así lo sabemos y así lo testimoniamos.

Creo que es la Alicia de Carroll quien se pregunta en cierta ocasión cómo será la luz de una vela cuando está apagada. También Wittgenstein quiso saber en cierta ocasión a qué se parecía su cara cuando no se estaba mirando en un espejo. La muerte de Alfredo me ha hecho a mi vez preguntarme: ¿va a la sombra o recupera, por fin, la luz, él, que a los necesariamente imprecisos prestigios de la noche prefirió siempre la dorada libertad del día? ■